

LA POBLACIÓN NEGRA EN MÉXICO

MARTHA ELLEN OTIS
Universidad de Quintana Roo

Luz María Martínez Montiel (coord.), *Presencia africana en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Serie Claves de América Latina: nuestra tercera raíz), 1994.

Francisco Fernández Repetto y Genny Negroe Sierra, *Una población perdida en la memoria. Los negros de Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán (Serie Raíces y expresión de su identidad), 1995.

Brígido Redondo, *Negritud en Campeche*, Campeche, Camp., Congreso del Estado de Campeche (Ediciones de la LIV Legislatura), 1994.

Estas tres publicaciones sobre la población afromexicana retoman una tradición de estudios que empezó en los años cuarenta y que en esta década parece cobrar una nueva fuerza. Después de la muerte reciente de don Gonzalo Aguirre Beltrán, precursor de estudios afromexicanistas, podría decirse que los autores/colaboradores de estos volúmenes, historiadores y antropólogos, entre otros, tienen un gran desafío por delante. Tendrán que forjar una disciplina que se ha empezado a nutrir no sólo de la obra de Beltrán, sino también de una creciente bibliografía histórica y etnográfica sobre la herencia africana en México, a la vez que de un cuerpo significativo de obras que analizan las relaciones entre cultura, Estado, esclavitud, y la comprensión de la "otredad" y el discurso.

El mérito de Aguirre Beltrán fue abrir un campo nuevo de investigación que tendría repercusiones en todas las disciplinas relacionadas con el delicado asunto de la definición de la identidad mexicana. Junto con Alfonso Toro, Aguirre Beltrán fue responsable de la recuperación

de archivos que enriquecieron la comprensión de la presencia de la población africana en México desde la llegada de Cortés, y que demostraron la gran importancia económica y cultural de este sector en el país. Hace 50 años empezaron a indagar sobre la ausencia de este grupo demográfico en las historias oficiales de México y a formular teorías acerca de por qué no se sabía más de los aportes, el destino y la actualidad afroamericana. Los sucesores de Beltrán son, creemos, los investigadores que conforman el grupo *Nuestra tercera raíz*, coordinado por la doctora Luz María Martínez Montiel, bajo la Dirección de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Dados los esfuerzos mexicanos para integrarse a la comunidad socio-económica caribeña, es de particular interés en estos tres volúmenes el hecho de que se establezcan vínculos importantes entre el Caribe mexicano y el resto de la región.

México comparte con el resto del Caribe rasgos de la historia de la esclavitud y colonización y, de hecho, no solamente recibió inmigraciones de afrocaribeños en el siglo pasado, sino que por sus puertos salieron esclavos a las Antillas en los siglos anteriores. Hubo rebeliones y cimarronaje, con represalias salvajes como respuesta, e incluso en algunos casos existieron comunidades que lograron una relativa tolerancia por parte de los poderes. Como en todas las sociedades esclavistas, los esclavos fueron tratados como bienes económicos: fueron comprados, vendidos, prestados, cedidos, empeñados, usados como dote, etc. Aparte de su rol de esclavos, contribuyeron a la cultura popular mexicana con su música, sus danzas y sus fiestas, en parte como producto sincrético de su existencia en el Nuevo Mundo, y en parte como herencia cultural africana. Como en el Caribe, la magia o brujería mexicana también tiene raíces africanas. Estos elementos africanos resultan relevantes en la cultura caribeña, pero apenas se empiezan a estudiar en México.

Las tres publicaciones reseñadas destacan la importancia de la "tercera raíz" en la identidad mexicana. Como las tres son ediciones estatales, uno podría preguntarse por qué de repente las instituciones públicas federales y estatales se han interesado en promover e impulsar tales investigaciones. El propio Luis Vázquez Pasos, al presentar *Una población perdida en la memoria. Los negros de Yucatán*, propone no sin cierta inocencia la necesidad, por demás implícita, de la "reproducción de nuestra identidad". En este momento, ante los cambios que ha generado la apertura económica mexicana, ante el creciente

interés diplomático del país por las cuencas del Caribe y del Pacífico y, desde luego, ante el Tratado Norteamericano de Libre Comercio, el Estado parece estar obligado a reformular la identidad nacional para sacar provecho del carácter múltiple de su perfil cultural.

En el prólogo de *Negritud en Campeche* se percibe la búsqueda por agregar el “ingrediente africano” a la cultura popular, como para robustecer cierto orgullo regional, peninsular. En cambio, la coordinadora de *Presencia africana en México*, libro que contiene una versión casi idéntica de *Negritud en Campeche*, hace una propuesta que sugiere de manera más directa la construcción *colectiva* de la identidad y de una política incluyente y participativa:

El V Centenario, por su indudable fuerza simbólica, es ocasión propicia para que las naciones y los gobiernos de América avancen sustancialmente en la construcción de una nueva relación con los pueblos afroamericanos, basada en el reconocimiento de la gran aportación que ofrecieron a la construcción de América, y en el combate contra el racismo. Este reconocimiento implica la aceptación de que los pueblos americanos tienen en su cultura una herencia africana que forma parte de las sociedades nacionales, siendo por tanto parte de su identidad y de su perfil cultural. El reconocimiento de las aportaciones africanas a la cultura americana implica un estudio y difusión que contribuyan a su plena incorporación a nuestra identidad histórica, para que los pueblos afroamericanos se unan en la construcción del futuro a partir de su herencia cultural enriquecida por el mestizaje y el pluralismo cultural.¹

Mientras la inclusión de ese elemento perdido de la identidad mexicana sobresale como propósito de los tres libros, tendríamos que remontarnos hasta el mismo Aguirre Beltrán para encontrar bien elaboradas las posibles razones de su exclusión en el pasado. Por lo menos la colección de monografías que compone *Presencia africana en México* deja la fuerte impresión de haber existido “un cierto pudor a un tema que siempre fue molesto”, como comenta Enriqueta Vila Vitar, citada por María Guadalupe Chávez Carbajal en su voluminoso y excelente capítulo sobre Michoacán.

Los otros trabajos contenidos en *Presencia africana...* son: “La población negra en los valles centrales de Puebla: orígenes y desarrollo

¹ Luz María Martínez Montiel, ponencia en el II Foro “Veracruz también es el Caribe”, Veracruz, 10-12 de octubre de 1990. Citada por María Luisa Herrera Casasús, “Raíces africanas en la población de Tamaulipas”, en *Presencia africana en México*.

hasta 1681", de Carlos Paredes Martínez y Blanca Lara Tenorio; "La gran negritud en Michoacán, época colonial", de María Guadalupe Chávez Carbajal; "Participación de los africanos en el desarrollo del Guanajuato colonial", de María Guevara Sanginés; "Los negros en el Nuevo Reyno de León, siglos xvii y xviii", de Pedro Gómez Danés; "Negros y afroestizos en Colima, siglos xvi-xix", de Juan Carlos Reyes G.; "Negritud en Campeche. De la Conquista a nuestros días", de Brígido Redondo; "Historia de la población negra en Tabasco", de Juan Andrade Torres; "Raíces africanas en la población de Tamaulipas", de María Luisa Herrera Casasús; y la única obra etnográfica: "Dios pinta como quiere. Identidad y cultura en un pueblo afroestizo de Veracruz", de Alfredo Martínez Maranto.

Estos textos, junto con *Negritud de Campeche* y *Una población perdida en la memoria: los negros de Yucatán*, proveen información suficiente para afirmar que la identidad nacional mexicana fue reducida después de la Revolución a una dualidad, lo español y lo indígena —una angustia psicológica oficial celebrada en las artes plásticas, el arte y folclor popular, y en las historias nacionales y regionales—. Sin embargo, el episodio histórico alterno de 300 años de esclavitud, de un sistema de castas jurídica y militarmente reforzado, es un factor más difícil y complejo de reformular en una identidad que pone algo en juego para los afromexicanos.

Negritud en Campeche aporta semillas de una explicación de la aparente desaparición de la población afromexicana. Básicamente, sostiene el autor, esta población fue "socialmente negada" hasta que se perdió dentro de la misma sociedad que la estigmatizaba. Esto se hizo por medio del mestizaje/aculturación y su integración progresiva en todas las áreas de la vida cotidiana de la región. Este mestizaje tiene un lado muy cruel para los descendientes de africanos, y es un tema repetido y detallado en los tres libros. Cuanto más distanciaba el mestizaje a cada generación de su pasado africano, más cerca estaban los descendientes de una categoría de libertad.

Existe todavía, según un colaborador de *Presencia africana...*, la prueba de cómo esta situación fue internalizada por los afromexicanos, que en realidad nunca desaparecieron. En Coyolillo, Veracruz —afirma Alfredo Martínez Maranto—, los afromexicanos atribuyen su diferencia cultural, económica, lingüística y física, no a un pasado africano y esclavista, sino a la inmigración de unos parientes "cubanos" durante la Revolución Mexicana (época que marca el límite de

la conciencia sobre sus antepasados). Hace 300 años, nacer hijo de esclava implicaba nacer esclavo, en tanto que nacer hijo de indígena era nacer libre, y aun ser hijo ilegítimo de español ampliaba las oportunidades de conseguir la libertad. Entonces, evidentemente, el color de la piel determinaba las uniones sexuales. Y aún hoy día en Coyolillo, informa Martínez Maranto, existe la idea de "mejorar la raza" por uniones conyugales.

Es interesante notar que, según los autores de *Presencia africana...*, las categorías de castas eran herramientas de control más hipotéticas que reales, que podrían asignarse y usarse de forma arbitraria: "bozal", "pardo", "mulato", "lobo", "morisco", "coyote", entre una lista indeterminada de categorías raciales que tenían significados distintos según la época y la región. Actualmente, los términos que aún se usan, como "moreno" y "mulato", llevan connotaciones todavía más alejadas de sus originales. Las restricciones relacionadas con cada casta también implicaban restricciones fuertes para el comportamiento de los europeos, creando prejuicios fuertes y un escrúpulo extremo hacia el mantenimiento físico y documental de la separación de castas.

Quizá lo más valioso de estas publicaciones resida en la visión panorámica que se ofrece de la vida afromexicana de los siglos pasados. Dan evidencia de la rica vena de archivos que, al darse a conocer, abren interesantes caminos a futuros estudiosos del tema. Especialmente ricos en detalles son los trabajos de *Presencia africana...* y *Negritud...* Los africanos y llamados "afromestizos", esclavos y libertos, participaron en todo aspecto imaginable de la conformación de la Nueva España: laboraron en las minas, en los trapiches, en los cañaverales, en las milicias, en las salinas, dentro de las encomiendas y haciendas como sirvientes domésticos, trabajaron como zapateros, ganaderos, criadores de puercos, recolectores de palo de tinte, protegieron a la población de los piratas... y además fueron piratas. Luego, durante el siglo pasado, participaron en la construcción de los ferrocarriles en el sureste del país.

Pero con tanta descripción, por momentos salta a la vista la falta de un mayor análisis de los datos. Muchas de las nociones básicas se reiteran en distintos capítulos. Además, a veces hay una manifiesta disposición acrítica hacia las crónicas de la historia. ¿Cómo creer, por ejemplo, que un motín de afromexicanos en el siglo xvii se haya dispersado tan sólo con la plática de un sacerdote?

Buitrón, blandiendo su arma de la prédica espiritual, los conminó a la paz y la reflexión, haciéndoles ver que su condición de esclavos, “impuesta por la costumbre, no les quitaba su derecho de ser llamados hijos de Dios y hermanos nuestros en las entrañas de Jesucristo”, y que debían ver las obras y bienes de sus amos como suyos propios, pues todo su producto servía para todos [...] El cronista Navarrete se interroga sobre cuáles habían sido las cosas tan tiernas que Buitrón les dijo, que ocasionó el llanto de todos los amotinados para que, finalmente, depusieran su actitud beligerante; así, con la mediación de Buitrón se apaciguaron los ánimos y el tributo de los dos reales [se dispersó].²

Esa falta de conciencia de cómo la necesidad colonial construye un sujeto afromexicano pasivo y felizmente subordinado a Dios y al amo, sorprende en una obra que es en otros sentidos útil y sugestiva. La sección “cofradías de negros”, de hecho, señala un camino para futuras investigaciones; las cofradías eran “la única forma legalmente permitida” de reunirse para los afromexicanos, y finalmente “pasaron a formar parte del mecanismo de dominación”, algo que podría ser clave para entender las pautas de dominación y de aculturación obligada propias de la Nueva España.

Si acaso hace falta otra dimensión en estas obras monográficas (con la excepción del trabajo de María Guevara Sanginés sobre Guanajuato), sería la visión de sujetos individuales, con creencias y costumbres muchas veces ajenas a la sociedad en la que vivían. Todavía no se recupera la subjetividad afromexicana, y no hay suficiente análisis de cómo se sobrevivía, psicológicamente, al barbarismo de la esclavitud y al sistema de castas, aunque las estratégicas uniones sexuales explican mucho. Esta ausencia podría explicarse, en parte, por el descuido manifiesto que de lo africano se ha registrado en la imaginación popular mexicana (que no es decir en la cultura popular). En parte podría ser porque estos textos tampoco dedican su esfuerzo al análisis comparativo con el trabajo que se ha hecho en otras partes —el Caribe, Centro y Sudamérica y los Estados Unidos— sobre el fenómeno de África en las Américas. Finalmente, como sucede con suma frecuencia en los estudios afro-

² Fray Nicolás Navarrete, *Historia de la provincia agustiniana de San Nicolás de Tolentino de Michoacán* (México, Porrúa, 1978, tomo 1, pp. 423-424 y 480), en María Guadalupe Chávez Carbajal, “La gran negritud en Michoacán, época colonial”, *Presencia africana en México*.

americanistas falta, una mayor colaboración con africanistas para poder reconstruir con precisión dichas creencias y costumbres, pues no basta anotar la procedencia de los esclavos.

Otra omisión que se percibe en algunos capítulos es la actitud poco crítica hacia el lenguaje que describe la diferencia. Esto se presenta a veces por vía de cierto romanticismo, como el empleado por Brígido Redondo al referirse al lado desconocido de la identidad mexicana. "Si pudiera medirse o pesarse la facultad emocional de los americanos, encontraríamos que el 75% de su efervescencia corresponde a la negritud" (p. 39). O más adelante: "¿Qué extraños y secretos significados entraña la raza negra?" (p. 175). Alfredo Martínez Maranto, en tanto, describe de manera casi evolucionista los "rasgos somáticos" de Coyolillo, Veracruz, en otra evidente confusión de lo biológico con lo cultural.

Algunos autores retoman los ofensivos términos de casta, sin cuidarse de registrar que tan sólo reflejan racismo, no categorías biológicas reales. Ya son obsoletos términos tales como "negroide", el concepto biológico de "raza" y expresiones que cubren el continente de África y sus habitantes de misterio, tales como "rasgos de ébano". Aun el uso de la palabra "negritud" para referirse a la presencia africana en México resulta desconcertante, no sólo por cuanto confunde el color de la piel con la procedencia, sino también por la existencia del movimiento literario y político del Caribe francófono, encabezado por Léopold Sédar Senghor y Aimé Césaire, entre otros, y también llamado *Négritude*. Hay que reconocer, por otro lado, que algunos autores son bastante aptos en el manejo del lenguaje —"pigmentocracia", por ejemplo, empleado por Juan Carlos Reyes en su dramática introducción del fascinante capítulo sobre Colima, nos parece un neologismo apropiado.

A pesar de las carencias, debe establecerse que estas obras nunca pecan de universalizar lo regional; se limitan a lo local y a lo específico, y colocan una base amplia sobre la cual se podría enriquecer la temática afromexicanista —campo que atrae la atención creciente de gente de fuera de México—. Representan, en suma, el inicio de esfuerzos meticulosos e importantes.

LA FRONTERA MÉXICO-BELICE

GABRIEL AARÓN MACÍAS ZAPATA
CIESAS Sureste/Subsede Chetumal

Estudio integral de la frontera México-Belice, 4 tomos, Chetumal, Quintana Roo, México, Centro de Investigaciones de Quintana Roo, 1993.

Esta obra de autoría múltiple consta de cuatro tomos. El primero está dedicado al análisis socioeconómico; el segundo y el tercero los constituyen monografías de los poblados fronterizos de México y Belice, respectivamente; y en el último se aborda la amplia temática de los recursos naturales en la región.

Es de reconocerse, antes que nada, que esta obra colectiva posee un doble valor: por una parte, aporta conocimientos sobre una de las regiones menos estudiadas de la geografía mexicana y del norte de Belice y, por otra, la perspectiva que la guía es de carácter diacrónico y sincrónico, lo que nos ofrece una visión amplia sobre el desarrollo de los fenómenos estudiados y su devenir, enmarcados en el análisis regional.

Desde este punto de vista, en el primer tomo se estudia el aspecto socioeconómico de la frontera, por lo que se analizan los fenómenos implicados en este proceso, como son los periodos de poblamiento y de despoblamiento de la región, paralelamente al de los ciclos económicos en la explotación de los recursos forestales y agrícolas, además de las actividades pesqueras, el comercio y las vías de comunicación. Tampoco se descuidan las variables políticas, al integrarse al análisis la cuestión geopolítica de la frontera, en relación con el *status* soberano que en un determinado momento ha dominado en ambos lados de la frontera.

De aquí que, al abordarse el origen de la frontera, a cargo de Stella

Arnaiz, el punto de partida sea la conquista española, a la que le siguió una etapa de virtual abandono. En este proceso sobresale la limitada o nula defensa que tuvo el sistema colonial español para detener el avance de los ingleses hacia el norte, mismos que se habían establecido en el río Belice desde mediados del siglo xvii.

A partir del ensayo de Arnaiz, se puede derivar la idea de que la explotación forestal fue una de las actividades que más influyeron en la ocupación gradual del espacio. Asimismo, fue uno de los factores que estuvieron en medio de la lucha por la soberanía del territorio, situación que se reflejó con las pugnas entre España e Inglaterra por el dominio de la región y, posteriormente, a partir de la segunda década del siglo xix, entre México y la Corona inglesa.

Aquí es oportuno mencionar una de las hipótesis medulares del capítulo sobre las "Actividades forestales y su desarrollo histórico", de Hugo Galletti, quien plantea con acierto que

...la historia forestal del sur de Quintana Roo es una herramienta central de análisis para entender varios elementos específicos del desarrollo social y económico de la región: una lucha por un mayor control espacial, enmarcada dentro de una lucha por un mayor control social local, en la cual los actores son los intereses de empresas extranjeras, contratistas nacionales, la población local y la burocracia como elemento mediatizador de control y de consolidación ideológica [p. 133, tomo I].

La batalla por el control espacial se emprendió desde 1660 —agrega Galletti—, tiempo en que Gran Bretaña acarició el sueño del monopolio mundial del palo de tinte y cuando en Europa se impuso la preferencia por la caoba.

A partir de lo expresado por Arnaiz y Galletti nos permitimos considerar este ámbito como un escenario de las rivalidades entre las potencias europeas, además de área de penetración y de asentamiento colonial. Pero, al mismo tiempo, se deja entrever que también fue un marco de la lucha por la descolonización y el surgimiento del Estado-nación mexicano, mismo que se opuso a un sistema de explotación forestal y de intercambio comercial, en el que intervenían los ingleses y los mayas independientes desde la guerra de castas. Recurriendo a la historia diplomática, la autora señala cómo se resolvió esta situación, cuyo episodio culmina con la firma del tratado de límites en 1893, ratificado en 1897, por el cual se señalaron los actuales linderos de la frontera.

Después del ensayo sobre los orígenes de la región de estudio, sigue el de las definiciones. Alfredo César Dachary, en su texto "La región fronteriza: definición y regionalización", retoma un planteamiento de Jan de Vos, al definir la frontera a partir de un criterio dinámico, como el que Frederick J. Turner adoptó para el caso del oeste de los Estados Unidos. Dachary considera que la noción turneriana "es un punto de partida para entender desde la perspectiva histórico-política a ésta, que es la última frontera interna de México" (p. 18, tomo I).

Por el peso que se le otorga al término utilizado por Turner, ésta hubiera sido una buena oportunidad para profundizar, a partir de los resultados empíricos, en la aplicación del concepto turneriano a la realidad de la frontera mexicana y beliceña. Como se sabe, si bien Turner aborda el fenómeno de la expansión de la frontera norteamericana bajo un criterio dinámico, ésta finalmente es una concepción lineal de la historia.

Considero que, para el análisis del caso de la frontera México-Belice, no sólo es deseable, sino necesario, adoptar aquel criterio dinámico. También es casi obligado responder a una pregunta que se formula el lector especializado, en cuanto al uso del término turneriano: ¿hasta qué grado puede adaptarse el enfoque lineal de la historia, que Turner desarrolla a partir del análisis sobre la expansión de la frontera norteamericana, en el caso de la mexicana y, desde la otra perspectiva, en el de la beliceña?

Responder a esta pregunta requeriría hacer varios ajustes, ya que la concepción de la historia que surgió a raíz del estudio del caso norteamericano le permitió a Turner elaborar una ley de continuidad y desarrollo de la evolución social. De esta manera, la sociedad turneriana empezaba en la frontera con el indio y el cazador, seguía con la desintegración de la barbarie mediante la aparición del comerciante, que era quien encontraba el sendero de la civilización; se presentaba luego la vida pastoril en la vida del rancho, la explotación del suelo mediante el cultivo sin rotación del maíz y del trigo en comunidades agrícolas diseminadas, el cultivo intensivo en los establecimientos agrícolas más densamente poblados y, por último, la organización industrial en las ciudades y las fábricas.¹

A simple vista, la noción resultante no es aplicable a los casos de la

¹ Al respecto, véase Frederick Jackson Turner, "El significado de la frontera en la historia americana", en la revista *Secuencia*, México, D. F., Instituto José María Luis Mora, núm. 7, enero-abril de 1987, pp. 191 y 192.

frontera beliceña, ni a la mexicana. Sin el ánimo de enumerar y detallar las múltiples diferencias que se presentan para los casos que nos ocupan —pues rebasaría el alcance de esta reseña—, sólo me remito a señalar las que podrían derivarse al estudiar la expansión de una sociedad norteamericana en vías de desarrollo, como la que analizó Turner, comparada con la de México (que se insertaba en un proceso de dependencia) y Belice (que se vinculaba como parte de la expansión colonialista inglesa). Estos ajustes quizá podrían haberse planteado en una conclusión, de la que carece la obra sobre el estudio de la frontera México-Belice.

Otra propuesta de Dachary consiste en abordar la región fronteriza no sólo como producto de un proceso histórico, sino también de acuerdo con el criterio geográfico. La tesis central es que, a causa de la incomunicación en que han estado Quintana Roo y Belice, ambos podrían compararse con islas, como tierras físicamente aisladas.

Dachary deduce esta noción partiendo del hecho de que Quintana Roo no tuvo carreteras que lo conectaran con el resto de México sino hasta la década de los sesenta en el presente siglo. Agrega que en el interior tampoco había caminos, por lo que en esta perspectiva podría ser visto como un archipiélago, en el que destacaban Holbox, Isla Mujeres, Cozumel y, en el continente, Chetumal y el mundo maya. Igualmente, el autor considera que Belice tenía la misma característica, pues el norte, con Corozal y Orange Walk, estaban alejados de la ciudad de Belice, al igual que el cayo Ambergris.

En este punto, creo pertinente definir el aislamiento de las regiones en términos relativos, o sea, no caracterizarlas sólo por la desvinculación con los centros comerciales y administrativos hegemónicos del interior del país y la colonia en cuestión. Si hablamos en términos del mercado interno nacional, Quintana Roo estuvo aislado hasta hace poco. Pero si recurrimos al estudio de los mercados regionales, los pueblos de ambos lados de la frontera han mantenido un constante e intenso intercambio comercial, legal y de contrabando.

Al respecto, resulta muy sugerente la observación de Leydi Hernández, quien, en el capítulo sobre el "Comercio fronterizo", cuando analiza el intercambio, señala que éste ha tenido como rasgo fundamental la interdependencia y que, a su vez, éste ha sido uno de los factores que más han reforzado las relaciones entre ambos países. Lo anterior ha sido posible porque, en el ámbito local, se han desarrollado las comunicaciones entre las partes y, según Leydi Hernández, el

comercio fronterizo se facilitó con las comunicaciones fluviales, marítimas y, más recientemente, terrestres y aéreas.

En otro aspecto de la obra, llama la atención la atinada propuesta de Dachary, al dividir la región fronteriza en tres subregiones. Si consideramos que cada investigador construye las regiones de acuerdo con la elección de ciertas variables, mismas que le serán útiles para delimitar las áreas y para analizarlas, Dachary ha considerado que los límites de una región fronteriza se encuentran determinados por la necesidad y la posibilidad de comunicación, y por los diferentes ecosistemas que dieron lugar a diversos tipos de explotación.

A partir de aquí, el autor distingue una primera división de la frontera, comprendida por la zona del mar Caribe, en la que hay dos pueblos: Xcalak, de México, y San Pedro, de Belice. Entre éstos, agrega el autor, existe una larga tradición sociocultural y étnica común, además de una historia económica integrada y compartida hasta fechas muy recientes.

La segunda subregión está conformada por la zona de la bahía de Chetumal, que se distingue por ser la zona comercial y político-administrativa, integrada por Chetumal en el lado mexicano y Corozal en el beliceño. También existen dos pueblos de pescadores: Calderitas del lado mexicano, que ahora es un pueblo rural con precarias funciones turísticas; Sartenejas en la parte beliceña, donde actualmente se practica la milpa, se cultiva la caña de azúcar y se observa una actividad turística incipiente.

La tercera región es la del río Hondo, área rural de pueblos dispersos donde existió el mayor intercambio comercial. También fue el epicentro del enclave forestal, explotado desde el siglo xviii, donde en un principio se cortó palo de tinte y luego caoba, para después extraer el chicle desde principios del siglo xx. Con la finalidad de aprovechar al máximo esta división regional, es recomendable hacer una lectura integral del resto de los capítulos del primer tomo, pues tratan sobre los aspectos socioeconómicos que han contribuido en la configuración de las subregiones indicadas.

Bonnie Campos analiza el sector de la pesca, actividad que se concentra en mayor escala en la subregión fronteriza del Caribe, pues aunque también existe pesca en el río Hondo, se indica que se ha reducido a una actividad recreativa y de autoconsumo. La región de la bahía de Chetumal también tuvo un auge pesquero, pero en la actualidad ha disminuido notablemente.

En la subregión del Caribe también es notorio el turismo, actividad que está adquiriendo mayor importancia económica que la pesca, tanto en el lado beliceño como en el mexicano. Stella Arnaiz analiza estos factores en el capítulo sobre el "Turismo en la zona fronteriza México-Belice", en el que también se estudia la región de la bahía, sobre todo el turismo nacional que durante el auge de la zona libre acudía a Chetumal para adquirir mercancías de importación. Tampoco podía faltar la referencia sobre las posibilidades que ofrece el proyecto turístico Mundo Maya, tanto en la zona de Corozal como en la de Chetumal.

La parte que le corresponde a Leydi Hernández, "El comercio fronterizo", comprende las tres subregiones, lo que muestra la importancia generalizada de este sector en la región fronteriza. Al mismo tiempo señala la vinculación de la frontera en los mercados regionales, así como de los ciclos del intercambio con el exterior, tanto de exportación como de importación.

Para la subregión del Caribe, Hernández resalta la importancia del comercio coprero. En la zona de la bahía de Chetumal, se ubica a Payo Obispo como el epicentro del comercio fronterizo, y en la parte que corresponde a la subregión del río Hondo se analiza detenidamente el llamado comercio "hormiga", que llevan a cabo de manera informal los pobladores de ambos lados de la frontera.

Un sector que antes no había sido estudiado es el de la minería en la zona fronteriza, y cuyo tema está a cargo de Bonnie Campos. Se analiza esta ocupación en relación con la dinámica que tiene en la frontera la industria de la construcción, por lo que la demanda de materiales para la fabricación de blocks ha dado lugar al desarrollo de la industria extractiva de piedra y arena. De esta manera, entre los diversos poblados situados en la subregión del río Hondo, la minería se ha limitado a la explotación de los bancos de piedra. Una excepción son los planes para explotar los yacimientos petrolíferos en los distritos beliceños de Corozal y Orange Walk.

A raíz del crecimiento observado en la región fronteriza, tanto por el aumento de la población como por la necesidad de crear la asistencia para favorecer al bienestar social, se ha dado lugar a la creación de los servicios. Esta temática está a cargo de Ligia Sierra, quien expone cómo se ha resuelto el problema del abastecimiento del agua y la energía eléctrica. Se trata además el tema del desarrollo de las comunicaciones terrestres, aéreas y marítimas, las telefónicas, las telegráfi-

cas y el correo, y se incluyen otros sectores como el de la educación, la salud y la vivienda.

Otro aspecto que demuestra el trabajo de Ligia Sierra es que la vinculación de los pueblos fronterizos no sólo es comercial, sino que también se refleja en el apoyo que México brinda al norte de Belice en cuanto a infraestructura eléctrica, al igual que en los convenios de salud para mantener sanos a los habitantes fronterizos.

En lo que respecta a la subregión del río Hondo, destacan los capítulos de Antonio Hoy y Miguel Cauich sobre el sector agropecuario, así como el de la caña de azúcar y su desarrollo agroindustrial, elaborado por Avelino Miranda y Héctor Rojas. Otro tanto ocurre con el texto de Hugo Alfredo Galletti "Actividades forestales y su desarrollo histórico". Asimismo, cabe detenerse en el capítulo "Población y poblamiento de la región fronteriza", a cargo de Alfredo César Dachary, que incluye el estudio de las otras dos subregiones: la de la bahía de Chetumal y la del Caribe.

La interrelación de todos los temas considerados en los anteriores capítulos, como son la agricultura tradicional, la explotación forestal del palo de tinte, la caoba y el chicle, además del desarrollo de la agricultura comercial y la ganadería, muestra la complejidad del proceso socioeconómico de la frontera. Asimismo, estos capítulos aportan elementos suficientes para deducir que la correlación entre los ciclos de explotación de los recursos forestales y la ocupación espacial se refleja en el correspondiente poblamiento y despoblamiento de la frontera.

En este contexto, Galletti polemiza con antropólogos que han sostenido que sólo la agroindustria y la ganadería extensiva han contribuido para arraigar al campesino en la región, y nos presenta un estudio novedoso sobre la manera en que la moderna silvicultura también ha contribuido en el mismo proceso. De alguna manera, este trabajo constituye una reivindicación de la explotación forestal como actividad que ha contribuido en la colonización, ante la mala fama que adquirió, de sólo crear oleadas de trabajadores temporales que iban y venían de acuerdo con los ciclos de explotación.

Para complementar el panorama, Antonio Hoy y Miguel Cauich mencionan cómo la regularización de la tenencia de la tierra, además de ser un factor que alentó la producción, ha funcionado como elemento que estimula la colonización dirigida por el Estado. Este fenómeno también se presentó simultáneamente con la plantación azuca-

rera, tema que analizan Avelino Miranda y Héctor Rojas en su ensayo sobre la industria del azúcar.

Al pasar a los comentarios sobre los tomos segundo y tercero, dedicados a las monografías de los poblados mexicanos y beliceños, respectivamente, es oportuno insistir en la lectura integral de la obra. Después de leer el primer volumen, podemos incluir en ese contexto general el de las situaciones y las historias particulares descritas en los dos tomos siguientes. Aquí se distinguen con mayor claridad las actividades económicas que se desarrollan localmente, además de situar los poblados en las distintas regiones de la frontera en las que se hallan. Por ello considero un acierto haber incluido las monografías, lo que nos permite navegar entre lo particular y lo general.

El tomo cuarto, dedicado al estudio de los recursos naturales en la frontera, también debemos asimilarlo —de manera integral— en el contexto del proceso socioeconómico y de poblamiento de la región. Desde la introducción de Eduardo Suárez se hace hincapié en la necesidad de vincular estos fenómenos con el acelerado y acaso irreversible deterioro ecológico de la zona. Ello porque es claro que los procesos sociales que se han desarrollado en la región, en el pasado y en el presente, han estado entrelazados con la explotación de los recursos naturales disponibles.

A partir del escrito de Suárez podemos advertir los objetivos de este volumen. Uno es que, al presentarse el sur como un fenómeno de presión urbana, es imprescindible contar con el conocimiento previo de la zona. De lo contrario, los estudios posteriores serán de sistemas agónicos, o peor aún, de análisis *post mortem*. Un segundo objetivo, complementario, está vinculado con la preocupación práctica de no repetir los daños que el desarrollo turístico de Cancún causó en el sistema ecológico. A pesar del deterioro existente en el sur de Quintana Roo, se hace el diagnóstico de que aún se conserva una enorme riqueza natural. Por lo mismo, Suárez señala que ello contribuye para que la región se convierta en un potencial conjunto de posibilidades económicas, y que es necesario saber aprovecharlas, pero aplicando lo dolorosamente aprendido a partir de la experiencia de Cancún.

Los efectos más visibles en el deterioro de los recursos naturales comprendidos en el espacio fronterizo, derivados de la ocupación del hombre, se observan indiscutiblemente entre los recursos forestales, los cuales son los que más valor y demanda han tenido en el mercado nacional e internacional. En el trabajo de Angélica María Sánchez,

“Los recursos forestales de la frontera México-Belice”, se describen las especies más apreciadas de la región y sus usos. Otro trabajo que nos muestra los efectos del hombre en la modificación del paisaje es el de Edgar F. Cabrera y Angélica Sánchez Vázquez: “Comunidades vegetales en la frontera México-Belice”. En él se describen las principales unidades de vegetación que imperan en la región y se localizan los agentes perturbadores que han alterado el paisaje, como son la industria azucarera, la agricultura, la explotación forestal, la ganadería, la industria de la construcción y el turismo.

Como resultado, ahora el paisaje dominante de la región está compuesto por bosques bajos de tipo secundario, con grandes áreas de maleza impenetrable. Lo peor es que estas zonas estuvieron dominadas tiempo atrás por selvas medianas y altas. Como solución, los autores recomiendan el establecimiento de áreas de reserva en México, al igual que las tres que ya existen en el lado beliceño.

El capítulo “Plantas útiles no maderables de la frontera México-Belice”, a cargo de María Teresa Pulido y Lidia E. Serralta, constituye un giro significativo sobre la temática abordada en los dos anteriores. Aquí no se trata de especies que alcanzan altos precios en el mercado, sino de un inventario de los recursos vegetales vinculados con alguna utilidad cotidiana, ya sea como alimento o de uso medicinal, incluyendo algunas de carácter ceremonial. Las autoras integran también el factor cultural y observan que, siendo Quintana Roo la única entidad caribeña de la república mexicana, se han reunido circunstancias muy peculiares, tanto en su historia natural como en su desarrollo étnico-cultural. Al observar un proceso de intercambio y asimilación, reflejado en los usos cotidianos de las plantas nativas y de las importadas por los inmigrantes, a las autoras les preocupa contribuir en la definición de una cultura quintanarroense.

El elemento cultural se integra en este trabajo al conjugar la clasificación biológica con la observación antropológica, pues la primera depende de la utilidad que los campesinos otorgan a determinadas plantas, esto aunado a la frecuencia con que las usan, ya sea como alimentos o como medicamentos. La diversidad étnica que caracteriza a la frontera trae consigo un cúmulo igualmente diverso de conocimientos acerca de los recursos vegetales que se tienen a la mano. En este contexto, las autoras captaron un proceso de intercambio y asimilación, en el que muchos inmigrantes desconocen el uso de las plantas nativas, aunque otros llevan, para reproducirlas en la región,

las que usaban en sus lugares de origen. También localizaron a los nativos que poseen conocimientos tradicionales acerca de las plantas propias de la región. En este planteamiento, aún falta por vincular la perspectiva desde el lado beliceño, pero las autoras advierten que su ensayo es preliminar.

Respecto a este proceso de intercambio y asimilación, permítase un comentario adicional. El capítulo parece demostrar que, al contrario de los dos anteriores, el poblamiento no siempre ha sido sinónimo de destrucción de los recursos naturales, sino que, para consuelo, también ha contribuido para enriquecer el número de plantas adaptables en la región, además de ampliar el bagaje cultural de los habitantes, sean nativos o inmigrantes.

Podría agregarse que el proceso, en lo botánico, se realiza en pequeña escala, localizado apenas en los huertos familiares que funcionan como jardines experimentales. En lo cultural, dado lo preliminar de este trabajo, faltaría profundizar en el conocimiento de aquel proceso de sincretismo cultural.

El capítulo de Silvia A. Torres Pech, "Pteridofitas (helechos y plantas afines) de la frontera México-Belice", nos presenta un inventario y una descripción de las 21 especies localizadas en la región. En el lado mexicano se encontró mayor abundancia de estas plantas, factor atribuido a la topografía del terreno. En el beliceño la concentración fue menor porque los lugares propicios para el desarrollo de esta vegetación han sido perturbados por los cultivos de caña y sorgo.

Si Rogel Villanueva Gutiérrez y Wilberto Colli Ucán, autores de "Apicultura en la zona fronteriza México-Belice", se hubieran concretado a estudiar la región indicada en el título, habrían hecho una aportación para comprender el problema que ahora enfrentan los apicultores fronterizos. En forma general, señalan que los dos grandes problemas que afectan a la apicultura en el continente americano son la africanización de las colmenas y la varroasis. En este mismo nivel, después describen los orígenes de ambas problemáticas y los métodos para controlarlas.

Igualmente, al abordar el tema sobre los montos de miel producidos en la franja fronteriza, Villanueva y Colli hablan de estimaciones nacionales. Para el caso de Belice, la única indicación sobre el monto de la producción mielera en su frontera norte es que los distritos de Orange Walk y Corozal producen 80% de la miel generada en todo el país. Sobre el lado mexicano no hay ninguna referencia. Así, el proble-

ma particular que afecta a los apicultores de la frontera aún está por conocerse.

En un corto capítulo, Jan C. Meerman aborda el tema de la condición de los cocodrilos, especie muy afectada por la presencia del hombre. El área de estudio abarcó el oriente del distrito de Corozal, Belice, entre Progreso y Sarteneja. También se incluyó un pequeño tramo de la costa de la bahía de Chetumal cercano a Sarteneja.

Durante el recorrido no se encontraron cocodrilos en la laguna de Progreso, en Wakaxcai, el cenote de Sarteneja, ni en la laguna Shipstern. Fueron escasos en otras localidades, como la reserva Shipstern Nature y el área de Warree Bight: se encontró un ejemplar en cada una. Se registraron tres en Barracouta y dos cerca de la costa de Sarteneja. Los cocodrilos fueron más numerosos en John Piles Creek (6), en Chakan Chac Mol (10) y en los pantanos del sur de la laguna de Shipstern (10). Meerman concluye su trabajo señalando que la baja densidad de estos animales probablemente se deba a la escasez de presas y a la cacería.

En otro estudio de Meerman, dedicado a la investigación de las colonias de aves en el distrito nororiental de Corozal y en la bahía de Chetumal, el autor encuentra cómo algunas especies, como la *Mycteria americana*, están declinando rápidamente en Belice y en el lado mexicano.

En la contribución de Rebeca Gasca, Iván Castellanos y Eduardo Suárez, titulada "Análisis preliminar y perspectivas de una comunidad ecológica fronteriza: el zooplancton de la bahía de Chetumal", se estudian los aspectos ecológicos del sistema hidrológico de la frontera, en la que se encuentran los casos de la bahía de Chetumal y el río Hondo. Después de clasificar la bahía como una laguna con barrera coralina-algal, se advierte que sus orillas han estado habitadas desde hace casi cien años, y que poco se sabe de su dinámica ecológica, de la comunidad pláncica que la habita y del impacto ecológico del poblamiento en el sistema. El objetivo es formarse una idea sobre el estado ecológico general de la bahía, hacer algunas interpretaciones globales y presentar recomendaciones en función de los resultados obtenidos.

Al tomar como base los factores más representativos de la comunidad zoopláncica de la bahía, aunados a las características hidrológicas, de distribución de biomasa, de composición y abundancia de zooplancton, se establecieron dos áreas que representan condiciones distintas dentro del sistema.

La primera abarca la zona cercana a la ciudad de Chetumal y la porción central de la bahía. Ésta recibe mayor influencia de agua dulce, por lo que se concentran los más bajos valores de salinidad. Otro rasgo es que esta área es la más expuesta a la contaminación de tipo urbano, registrándose las mayores concentraciones de coliformes y de bacterias enteropatógenas.

La segunda zona se ubica en la porción oriental de la bahía e incluye la boca de la bahía, con su límite norte entre punta Piedra y punta Calentura. La salinidad en esta área es mayor por la influencia marina. Aquí se presenta la mayor productividad de la bahía, las mayores concentraciones de larvas de peces y crustáceos y de densidad de zooplancton.

Al llegar a este diagnóstico, la recomendación no podía abstraerse de la situación de frontera que rige en el sistema hidrológico: los dos países deben colaborar para resolver o mitigar los efectos negativos en el sistema ecológico, ante la problemática que puede constituir el desarrollo turístico del sur de Quintana Roo, sumado al agravamiento que puede significar el de Yakuna Bay, ya puesto en marcha en el lado beliceño.

En el siguiente trabajo, "Ictioplancton de la bahía de Chetumal", de Lourdes Vásquez y Angélica María González, se estudia un elemento de la comunidad plánctica, el ictioplancton, compuesto por huevos, larvas y peces juveniles. Las autoras llaman la atención acerca de la necesidad de investigar el tema, pues, a partir de otros estudios se ha mostrado el potencial económico que tienen los estuarios y las áreas costeras adyacentes, para funcionar como áreas de crianza de peces e invertebrados. Ello en función de que también se ha comprobado que en las áreas en donde existen peces juveniles y adultos, abunda igualmente la fauna de peces. Asimismo, diversas especies de peces costeros tropicales dependen parcial o totalmente de aquellas zonas. Empero, estos aspectos no han sido estudiados en la bahía de Chetumal.

Otro objetivo de este capítulo es conocer la función de la bahía como área de desove y crianza de peces que sean de importancia ecológica y pesquera. Como resultado se vio que la mayor abundancia estuvo representada por cinco familias, de las que la Clupeidae (sardinias) fue la predominante. Al comparar los resultados con los reportados para la bahía de La Ascensión, la de Chetumal tiene una menor diversidad de larvas de peces. Las causas posibles son la baja salini-

dad de la segunda, los patrones y velocidades de corrientes —no determinadas en la de Chetumal— y la limitada intercomunicación con el mar Caribe, que no favorece la riqueza de especies marinas en la bahía de Chetumal.

Basándose en la abundancia de huevos y larvas de peces encontrados en la bahía de Chetumal, las autoras señalan la importancia de este sistema como área de desove y crianza de peces. Empero, también hacen notar cómo la intervención del hombre puede determinar cambios en las características del agua, a causa de la contaminación generada por los asentamientos de la ciudad de Chetumal y de Calderitas. Al respecto, valoran que, en términos relativos, el sistema de la bahía de Chetumal no ha sufrido gran deterioro por la influencia de los asentamientos humanos. Sin embargo, recomiendan que se controle la introducción de descargas de nutrientes o de sustancias contaminantes en el mar, ya que pueden afectar negativamente al ictioplancton de la bahía.

El trabajo de Héctor C. Gamboa sobre los peces continentales encontrados en el río Hondo y los cuerpos de agua adyacentes hace una clasificación de las especies encontradas en el mismo río y en el Agua Dulce, en los cenotes Dos Bocas, Cuates, y Calderón y en el balneario "El Palmar". Todos los sitios corresponden a la frontera mexicana.

Por lo que respecta a lo histórico y lo social, el autor se refiere básicamente al lado mexicano. Señala que la pesca en aguas continentales se ha efectuado con fines de autoconsumo, por causa de la baja productividad de los cuerpos de agua y la reducida rentabilidad. En este contexto, si se hubiera visto la pesca continental en el marco de la economía campesina, quizá se habría ubicado esta actividad con mayor precisión como uno de los posibles factores que intervienen en la reproducción de las unidades domésticas de producción. Ello porque la zona en la que el autor realizó sus observaciones es fundamentalmente agrícola.

Siguiendo con el tema de la pesca, pero ahora en la costa del sur de Quintana Roo, Eloy Sosa Cordero analiza las principales pesquerías de la región, su evolución reciente, y presenta algunos resultados de avances de investigación, además de comentar las perspectivas para los noventa. Aparte de los resultados preliminares de investigación, este trabajo revisa la información disponible sobre los principales recursos pesqueros del sur de Quintana Roo.

Desde el punto de vista pesquero, el autor delimita esta región a partir del tramo de costa de punta Herrero hasta el canal de Bacalar Chico en la frontera México-Belice, abarcando también el banco Chinchorro. Aunque el autor se refiere al sur de Quintana Roo en el título de su capítulo, hubiera sido más enriquecedor incluir la descripción del estado de las pesquerías en el norte de Belice, para dar una visión más completa de los recursos pesqueros de la frontera.

El estudio se refiere a los recursos de alto valor económico como la langosta, el caracol y la escama. A diferencia de los capítulos 6 y 12 del tomo I, en los que se abordan los problemas socioeconómicos de la pesca, derivados de su paulatino reemplazo por el turismo, en este trabajo se hace mayor énfasis en la descripción de las técnicas de pesca, en la evolución del monto de las capturas y en la evaluación del recurso. Como resultado de sus pesquisas, el autor propone la realización de estudios posteriores para evaluar los recursos pesqueros disponibles. A lo largo de su trabajo se deja entrever la influencia de lo social sobre los recursos, por lo que también propone considerar la aplicación de modelos que incorporen la dimensión económica y social de las pesquerías.

El capítulo a cargo de Luis E. Carriquiriborde, "Pesquerías y acuicultura: sus perspectivas en la bahía de Chetumal", aborda el tema de las pesquerías, considerando la situación de ambos lados de la frontera. Otro aspecto interesante es que el autor propone el desarrollo de la actividad acuícola como alternativa para evitar, o al menos mitigar, la actual tendencia de los pescadores hacia la depauperación.

A partir del trabajo de Carriquiriborde podemos sostener que, ante la etapa crítica en que se encuentra la pesca, el turismo no necesariamente debe reemplazarla. El autor señala que la práctica de la acuicultura, la cual es compatible con el turismo, e incluso puede ser complementaria del mismo, puede contribuir para elevar el abatido nivel de vida de los pescadores. De esta manera, se nos presenta una nueva alternativa: en lugar de que el turismo desplace a la pesca, tal como está sucediendo, tanto la acuicultura como el turismo se presentan como opciones para complementar la economía de los pescadores.

Para finalizar, el estudio sobre los recursos naturales de la frontera no podía prescindir del análisis de la situación de los mamíferos acuáticos, entre ellos el de la nutria de río, el delfín tursión o bufeo, y el del manatí del Caribe. Los autores de este último capítulo, Benjamín

Morales y León David Olivera, señalan el interés que ha despertado el caso del manatí en la opinión pública nacional e internacional, por ser una especie en peligro de extinción.

El objetivo de este apartado es doble y complementario: el primero nos recuerda una propuesta que se hizo en un capítulo pasado, cuando se recomendó crear acuerdos entre México y Belice para evitar la creciente contaminación de la bahía de Chetumal. En este caso, ante la pérdida de especies como la foca monje del Caribe, los autores juzgan necesario fomentar las acciones conjuntas de investigación, conservación y aprovechamiento ordenado de los recursos marinos, entre los países fronterizos.

El segundo aspecto consiste en exponer lo que se conoce sobre las especies mencionadas de mamíferos acuáticos, así como explicar la importancia del manatí en este marco geográfico, al igual que los esfuerzos realizados en forma conjunta para su conservación.

Las tres especies estudiadas están protegidas en la actualidad por las leyes mexicanas. Sin embargo, en el caso del tursión no existen otras acciones para reforzar el cumplimiento de la ley. Los autores recomiendan realizar estudios más profundos a fin de evaluar con mayor detalle la importancia de la bahía de Chetumal para esta especie.

El mismo panorama se repite en el caso de la nutria de río, de la que no existen registros sistemáticos en ambos lados de la frontera que permitan informar sobre la distribución, abundancia y reproducción. Sin embargo, se sabe que una de las amenazas más serias sobre la nutria es la contaminación generada por la industria azucarera, establecida a lo largo del río y en ambos lados de la frontera.

Sobre el manatí se tiene conocimiento de que la bahía de Chetumal, incluyendo el río Hondo, constituyen las áreas en las que se concentra entre 92 y 94% de los manatíes de Quintana Roo. Debido a la movilidad de los ejemplares, y puesto que una porción de la bahía pertenece a Belice, se indica la necesidad de establecer la coordinación entre los dos gobiernos, ya que cada uno por su cuenta está protegiendo en realidad la misma población de manatíes.

En general, los estudios sobre los recursos naturales de la frontera constituyen un elemento esencial y básico para evaluar las posibilidades económicas de la región. Pero, al mismo tiempo, podrían contribuir para que el desarrollo económico sea, en lo posible, más armónico con el entorno ecológico. Esto se lograría con mayor eficacia profun-

dizando en las investigaciones, pues tal como lo reconocen algunos de los autores, el conocimiento de varios aspectos de los recursos naturales de la frontera se encuentra en una etapa preliminar.

Considero además que esta obra es recomendable para los interesados en la historia y la realidad fronteriza, así como para los estudiosos especialistas de la región y para los planificadores del desarrollo económico.

